

49

3 Junio 96

6667

Marraguer

LA ARISTOCRACIA.

La *Revue politique et parlementaire* de este mes contiene un artículo titulado: *L'élite intellectuelle et l'aristocratie*, que es un capítulo del libro *Conscience et volitions sociales* que va á publicar el sociólogo ruso Novicow.

Empieza el autor explicando en él la manera natural y espontánea como se forma la aristocracia en los países nuevos. Los primeros pobladores de un territorio están completamente absorbidos en la preocupación económica, en asegurarse el necesario sustento y demás condiciones de la vida material. Al cabo de cierto tiempo, algunos de ellos han adquirido riquezas suficientes para no tener que trabajar; y de este ocio nace la vida mas puramente intelectual: los placeres, las artes bellas, la filosofía, la política. De aquel grupo de hombres que al principio formaban una sola clase que trabajaba para vivir, van sobresaliendo por seleccion los pequeños grupos de los ricos, de los artistas y poetas, que solo subsisten donde hay ricos y ociosos, de los políticos, que solo entre estos pueden reclutarse.

Así aparecen la aristocracia y las clases intelectuales que á su lado viven, sobre las clases intermedias que, aun trabajando, no se ven tan apremiadas por la necesidad que no puedan participar mas ó menos de las funciones mas elevadas del espíritu, y unos y otros sobre la gran masa que la seleccion ha dejado sumida todavía en la exclusiva y áspera lucha del trabajo por la vida material.

Pero la aristocracia, para ser verdaderamente tal, necesita, además de la riqueza, del ocio y de la superioridad intelectual, la *notoriedad*: es decir, que su existencia llame la atencion de todos, que afecte la conciencia social por sus hechos, por los servicios prestados á la comunidad, por el brillo de sus méritos. En Inglaterra, por ejemplo, todo el mundo conoce á los Derby, á los Argyll, á los Devonshire.

Finalmente, la aristocracia tiene completo su carácter y es apta para desempeñar su mision social cuando, con todo lo dicho, logra establecer corrientes de solidaridad y simpatía con el pueblo y sabe inspirarle abnegacion y confianza.

Cuando la aristocracia de un país ha llegado á este punto, se convierte en un órgano político cuyas funciones nadie debe disputarle porque nadie es capaz de desempeñarlas como ella. John Bright decía: «Nosotros no pretendemos derribar la aristocracia. Consentimos en que gobierne y guarde para sí los empleos mas elevados; porque creemos que para llevar la direccion de los asuntos públicos son necesarios hombres especiales, educados de padres á hijos para tal objeto, y poseyendo una situacion independiente y de mando. Sus títulos y su genealogia son un penacho de oro, y los ejércitos se dejan conducir mejor por oficiales con penacho. Solo les exigimos que den los empleos á personas capaces. Nada á la mediocridad, nada al nepotismo. ¡Qué gobiernen; pero que tengan talento!» El día en que cada aristócrata, cada hombre rico—añade Novicow—desempeñe voluntaria y desinteresadamente una funcion intelectual ó política, las sociedades llegaran al punto culminante de su perfeccion. Diferenciacion y perfeccion son sinónimos. Si las modernas sociedades quieren progresar de veras, procuren hacerse con aristocracias poderosas.

Si en este siglo las corrientes políticas han sido hasta ahora diametralmente opuestas á tal aspiracion, cúlpese á las aristocracias mismas que han desconocido su mision y su fuerza. No es que el órgano aristocrático haya desaparecido ó haya dejado de ser necesario: es únicamente que está enfermo. Es que las aristocracias han sido exclusivistas; que se han convertido en una corporacion cerrada, lo cual es contradictorio con su misma naturaleza que consiste en ser el receptáculo de toda seleccion que en las sociedades se va realizando constantemente. La aristocracia inglesa ha comprendido esto último y ha obrado en consecuencia; y por esto es aun la fuerza política de uno de los Estados mas fuertes del mundo. Es que además, la generalidad de las antiguas aristocracias han sido refractarias á los progresos científicos y á las ideas nuevas, y encastilladas en sus viejas tradiciones y en sus aisladores privilegios, se han apartado de la vida política nueva, afectando por ella un supremo desden que tambien podría llamarse impotencia ó cobardía.

Abandonen esta actitud, láncese á la vida social presente, y ríanse de todas las corrientes democráticas. ¿Qué valen los cargos que los demócratas hacen al principio aristocrático? Es que la aristocracia—dicen—está en parte basada en la herencia; y el principio hereditario es un principio de injusticia. ¡Vaya por la injusticia! ¿Qué hay de deplorable en que un hombre al llegar á la mayor edad se encuentre con una gran fortuna, con una vasta y sólida instrucción, y con el sentimiento perfectamente educado? ¿No es mas bien cosa de alegrarse de que haya muchos hombres así? ¿No es un beneficio para la sociedad el poseer esos órganos perfeccionados para sus mas altas funciones? Aquí lo único lamentable es que el joven aristócrata en tales condiciones viva apartado de la vida política y social, y en vez de poner al servicio de su país sus grandes ventajas, las derroche todas en frivolidades y en inútiles ocios. Pero esto no quiere decir que el órgano aristocrático sea un mal en sí.

La envidia y el odio democráticos han querido darlo á entender haciendo que se desconocieran los inmensos servicios que pueden prestar á un pueblo sus clases mas elevadas. Las grandes familias de un país son como poderosas columnas que lo sustentan. Los gobiernos no se atreven á atropellar el derecho si lo defienden los grandes que están á la vista de todo el mundo; porque atropellar á estos es mucho mas difícil y peligroso que hacerlo con un cualquiera de la turba democrática, por cargado de razón que esté. Cuando no hay aristocracia, la sociedad es un ente amorfo sin osamenta ni organización. Una sociedad sin aristocracia, como un animal sin cerebro, siempre estará en los últimos peldaños de la escala de los seres: su vida no puede ser ni muy brillante ni muy larga.

Quando la opinión pública esté mejor ilustrada—termina el escritor ruso—cuando los aristócratas comprendan mejor las ciencias sociales, ¿quién se atreverá á disputarles la dirección de la cosa pública?

Verdaderamente, si despues de leído el artículo de Novicow, uno se echa á pensar en cómo han sido y son gobernados en el mundo los estados mas fuertes y las civilizaciones mas esplendentes y fecundas habrá de notar que aun aquellas que suelen pasar por democracias gloriosas, fueron gloriosas porque de democracias no tuvieron mas que el nombre: empezando por Atenas y acabando por los Estados Unidos. El economista Chevallier en sus *Lettres sur l'Amérique du Nord* observa que así como los Estados del Norte de la Union Americana se informaron en el seco espíritu democrático puritano, los Estados del Sud, poblados por los *caballeros*, tuvieron constantemente la dirección de la gran república: casi todos los presidentes salieron de los Estados del Sud hasta la guerra de secesion; de suerte que ésta fué fundamentalmente una guerra de clases: pues la cuestión de la esclavitud, mas que una bandera de libertad y humanitarismo, fué el pretexto que adoptaron la gente del norte para contrariar el espíritu aristocrático de los *caballeros*. Y si al lado de esto se tiene presente que la política de la nación mas libre y fuerte de Europa, Inglaterra, ha sido toda ella obra de los nobles *lords*, ¿cómo dudar de que la aristocracia es el órgano político por excelencia, el gobierno natural de los estados fuertes y de los pueblos que significan algo, no solo en el presente sino tambien para el porvenir?

Solo en los estados decadentes, en las civilizaciones que se están muriendo de viejas, cunde y se sostiene lo de la divinización y gobierno de las masas. Que no es tal gobierno de las masas, por supuesto; sino el de unos cuantos *aventureros* charlatanes que las embaucan y explotan. Y entre ser primera materia (ya que el pueblo en conjunto no puede ser otra cosa) para unos cuantos abogadillos listos y sin escrúpulos, ó dejar que naturalmente se desarrolle una fundamental solidaridad social y política con unos cuantos penachos arrogantemente llevados, creemos que la elección no es dudosa. O al menos, no nos va tan bien con el mangoneo de esos cuatro caballeros particulares, que no valga la pena de ensayar un cambio. Así como así, ya nada tenemos que perder con ello.

Esto mismo parecen entender los demócratas mas consecuentes de algunas naciones, puesto que observamos que, como si empezaran á desconfiar ya de su constante y servil adulación á las masas, vuelven los ojos y la igualmente servil adulación á ciertos penachos mas ó menos aristocráticos, poniendo en ellos todas sus esperanzas democráticas.